

Os llevaré conmigo (Domingo de la Ascensión del Señor. Año B)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Oh Señor, te rogamos que no permitas que nos mostremos sordos a tus palabras de vida, porque si no te seguimos a ti y no nos confiamos al poder de tu nombre, nadie más podrá salvarnos. Que tu Espíritu triture todos los ídolos que todavía detienen y obstaculizan nuestro camino. Suscita en nosotros el deseo de la patria eterna. Amén.*

LEE

Con pausa, varias veces, hasta que empieces a entenderla. Dale tiempo al texto:

Mc 16,15-20

¹⁵ Y les dijo: «*Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.*

¹⁶ *El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado.*

¹⁷ *A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas,*

¹⁸ *cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».*

¹⁹ *Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.*

²⁰ *Ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.*

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

La lectura se corresponde con el segundo final del evangelio según san Marcos, obra, probablemente de otro autor, donde se resumen las diferentes tradiciones evangélicas sobre el Resucitado (16,9-20); los vv.15-20 recuperan en particular a Mt 28,19-20, añadiendo explícitamente el momento de la ascensión: “¹⁹ *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; ²⁰ enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”.*

Jesús se aparece a los apóstoles antes de la conclusión de su camino terreno para exhortarles a hacerse misioneros del Evangelio por todo el mundo (v.15). Es preciso que la “buena noticia” de la resurrección de Cristo llegue a todos los hombres y puedan recibir la salvación adhiriéndose a él libremente mediante la fe y el bautismo (v.16). Los creyentes experimentarán en sí mismos que Cristo está vivo y operante. En su nombre tendrán la misma autoridad, no sólo para vencer a las potencias del mal, sino también para realizar curaciones (vv.17-18). Las acciones prodigiosas que Jesús promete a los creyentes (16,17-18) superan las amenazas del tiempo presente e indican simbólicamente la salvación

definitiva. Con la expulsión de los demonios, el hombre queda liberado de fuerzas extrañas, volviendo a ser dueño de su casa. El conocimiento de las lenguas favorece la comprensión recíproca, la amistad y la comunión entre los hombres. La vida amenazada por bestias peligrosas, sustancias nocivas o enfermedades queda asegurada. En estos signos se hace patente que la fe es ya de utilidad para la vida terrena, pero su meta es la vida eterna junto a Dios, la salvación del pecado y de la muerte.

Tras esta encomienda, el Resucitado entra definitivamente en la gloria de Dios (v.19), aunque no dejará de estar con los suyos (cf. Mt 28,20 *“sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”*). En efecto, el Señor acompaña por todas partes a la irradiación de la predicación, sosteniendo su eficacia y confirmándola **“con las señales que los acompañaban”** (Mc 16,20). Su presencia viva, operante y salvífica continúa en la Iglesia de todos los tiempos. El encuentro con el Resucitado hace comprender a los discípulos que Jesús ha alcanzado su meta para él y para ellos: **vive y reina ya con Dios Padre.**

Presentar a Jesús subiendo a los cielos es presentarlo en la “casa del Padre”. Con su ascensión Jesús despierta la sed de eternidad que todo ser humano lleva dentro de sí. La expresión bíblica **“sentarse a la derecha del Padre”** es una forma de afirmar la soberanía de Jesús sobre el universo y la historia. Con la Ascensión empieza el tiempo de la Iglesia, tiempo de extender a todos los pueblos la misión que el Maestro había realizado en Israel. A ellos y a sus sucesores les otorga el coraje y la fuerza para llevar a cabo su misión y para anunciar el Evangelio.

Jesús ha demostrado su poder sobre la muerte y sobre el pecado, y se ha revelado como nuestro Salvador. Ha muerto como todos los hombres, pero no ha permanecido en la muerte; se ha aparecido a los discípulos como el Viviente, como aquel a quien Dios ha despertado de la muerte y lo ha acogido en su vida divina. Puesto que, en cuanto Hijo de Dios, está indisolublemente unido al Padre, puede superar también nuestras culpas y reconciliarnos con Dios. Es nuestro Salvador, porque tiene el poder de salvarnos y está dispuesto a hacerlo.

HABLA CON DIOS (REZA)

El sentido de la fiesta de la ascensión nos invita a mirar a lo alto, a elevar el corazón, a dirigir los ojos al cielo, a trasladar nuestro corazón al lugar donde se encuentra Cristo a la derecha del Padre. Esta fiesta nos revela nuestra pertenencia a la Jerusalén del cielo, al “todavía no” con el cuerpo, pero sí “ya” con el espíritu y el corazón.

Cristo, al ascender al cielo, se llevó consigo el trofeo de su victoria sobre la muerte: su humanidad glorificada, la naturaleza que tiene en común con nosotros, con sus hermanos de carne y de sangre. Con su muerte, Cristo ha hecho prisionero a nuestro corazón, ligándolo al suyo propio, de modo que el corazón desea en lo más profundo encontrarse allí donde está el objeto de su amor.

Vuelve a leer el texto y ve con los ojos del alma el rostro de Jesús, oye sus palabras poderosas. Imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.